



Universidad
de Cartagena
Fundada en 1827

Facultad de Ciencias
Sociales y Educación



Society for Latin American and
Caribbean Anthropology
A section of the American Anthropology Association

<http://slaca.americananthro.org>

De pingüinos y personas: la red alimentaria antártica en la época Antropoceno

Clare A. Sammells

Associate Professor of Anthropology

Bucknell University

c.sammells@bucknell.edu

Lo único que se le garantiza a los turistas en la Antártica es que verán pingüinos. Unas 70.000 personas viajaron como turistas a la Antártica este año, y existe una industria turística en rápido crecimiento de barcos que los llevan allí. Sin embargo, el turismo en la Antártida se ve perturbado de múltiples maneras. No es como otros espacios turísticos, o como Edward Bruner los llamaría, “zonas fronterizas” (*borderzones*; Bruner 2004). Este es un espacio que no está controlado por un estado, sino regulado por el Sistema del Tratado Antártico (“Secretaría Del Tratado Antártico” n.d.) que protege el continente para la ciencia y la paz.

No hay una población “local” en Antártica; los humanos solo residen temporalmente en estaciones de investigación, o en barcos de expedición. Sin embargo, todo el continente está siendo literalmente perturbado por los efectos del cambio climático global, a medida que las capas de hielo se derriten y los glaciares se desprenden del mar.

En la Península Antártica, donde el extremo sur de los Andes se eleva sobre mares de hielo, los turistas vienen *a sentirse* inquietos. En la expedición de diez días en 2018 en la cual realicé una etnografía, muchos turistas hablaron de que sus amigos no podían entender por qué querían ir allí, donde no hay restaurantes, museos, tiendas ni playas. Pero estos turistas disfrutaban de la inmensidad tranquila, describiéndola como “prístina”. Para muchos, esta visita era, literalmente, el séptimo continente del mundo que habían visitado. Para la mayoría fue un viaje que se realizó después de muchos otros viajes internacionales.

Tanto los turistas como los líderes de expediciones fueron muy claros de que este viaje *no es* un crucero (*cruise*, me corrigieron cuando me equivoqué en este punto). Esto es una *expedición* (*expedition*), entonces uno debe adaptarse a algunas molestias, cambios inesperados en los planes debido al clima u otros factores, y que nada esté garantizado (excepto, quizás, los pingüinos).

La vida silvestre es una de las principales atracciones de la Antártica. Además del paisaje espectacular, se pasa mucho tiempo observando aves, ballenas y focas. Las presentaciones a bordo las realiza el personal de la expedición, que en su mayoría son naturalistas. Se enfocan en



Universidad
de Cartagena
Fundada en 1827

Facultad de Ciencias
Sociales y Educación



The Society for
Latin American
and Caribbean
Anthropology

**Society for Latin American and
Caribbean Anthropology**
A section of the American Anthropology Association

<http://slaca.americananthro.org>

educar a los turistas sobre la ecología local, distinguir los tipos de aves, y entender los impactos humanos en el continente a través del calentamiento global y los microplásticos. Estas conferencias se realizan durante el viaje por el Pasaje de Drake. A pesar de los mares agitados y los mareos, la mayoría de los pasajeros asistieron sin problema.

Por su relación con los pingüinos, la comprensión de los turistas sobre la ecología local y la red alimenticia es complicada, nos atrevemos a decir, “inestable”. Gran parte de lo que los turistas aprenden sobre la Antártica se centra en la red alimentaria local. La red alimentaria puede parecer menos complicada que en otros ecosistemas, aunque es una ilusión porque la mayoría está debajo del mar. La base del alimento está conformada por krill, pequeños crustáceos marinos. Estos son consumidos por pingüinos, ballenas, focas, calamares, y aves como albatros. Pero los pingüinos también son presa de muchas otras especies, incluidas las focas leopardo, las orcas y los tiburones, y sus huevos y polluelos son presa de otras aves, como págalos y petreles.

Las posiciones de los pingüinos y los turistas son radicalmente diferentes en la red alimenticia (los turistas definitivamente no son presa en ningún sentido), sin embargo, los turistas se identifican estrechamente con los pingüinos. En el contexto del turismo en la Antártica, a menudo se trataba a los pingüinos como el equivalente de una "población local" antártica, por así decirlo. Los viajeros humanos a menudo se comparaban con los pingüinos. Era común que los turistas hablarán sobre cómo los pingüinos se veían como personas pequeñas, y también pensarán que ellos mismos debían parecer "grandes pingüinos rojos" para las aves. (Rojo era el color de la parka que la compañía entregó a los pasajeros, y que usaban la mayoría de los turistas). Los pingüinos andaban desde sus nidos hasta el mar por “carreteras de pingüinos”, que están prohibidas para los seres humanos. Una vez en el océano, los pingüinos se mueven con gracia, como si fueran delfines. Su andar en tierra les da una apariencia medio-humana y los hace mucho más fáciles de observar. De hecho, una vez los turistas ven un pingüino solo, en el hielo flotante, comentan que debe estar "perdido", mientras que los guías corrigen esta suposición antropocéntrica, diciendo que los pájaros están literalmente "en casa" sobre el hielo.

Este parentesco inventado significó que las personas se pusieran del lado de los pingüinos cuando presenciaban momentos de depredación entre los animales. Los turistas nunca intervinieron (esto habría estado estrictamente prohibido), pero cuando los págalos atacaban los nidos de los pingüinos, por ejemplo, los turistas solían animar audiblemente a los pájaros blancos y negros sobre los aves voladores. Los guías turísticos a veces les recordaban que los págalos también tenían polluelos que alimentar, pero esto cayó en oídos sordos. Los turistas entendieron a un nivel racional, pero eso no afectó la afinidad emocional que tenían hacia los pingüinos.



Universidad
de Cartagena
Fundada en 1827

Facultad de Ciencias
Sociales y Educación



Society for Latin American and
Caribbean Anthropology
A section of the American Anthropology Association

<http://slaca.americananthro.org>

Mientras tanto, los turistas ocupaban el papel de depredadores del ápice en su barco de expedición, o como lo llamamos en forma más cotidiana, comensales cosmopolitas de élite. Un restaurante a bordo que funcionaba de manera muy similar a los restaurantes en tierra. Las comidas se servían con la regularidad de un reloj: desayuno, almuerzo, té, y cena. La comida que se servía era tan frecuente y generosa que, después de unos días, los anuncios en todo el barco sobre las horas de las comidas a menudo eran recibidos con risas afables. (“¿Qué, vamos a comer otra vez?!”) Había un solo comedor que funcionaba de manera muy similar a un restaurante en tierra, con una combinación de menús y buffets y una variedad de opciones. El personal de cocina internacional preparó las comidas con un profundo conocimiento de las preferencias de un público estadounidense mayor de edad. Al ingresar al comedor, se dispuso una mesa con platos preparados de las opciones de comida, con leyendas, sobre un mantel blanco. Estos incluían ensaladas mixtas, *crudites* con hummus y guacamole, y platos principales como camote al horno con ragú de lentejas y vegetales picantes, pierna de cordero estofada, filete de abadejo, y bistec. También había opciones vegetarianas, sin gluten, y sin azúcar para aquellos con restricciones. Los postres tenían un toque inglés, con natillas, budín de caramelo pegajoso, y arroz con coco. Las frutas y verduras frescas eran comunes, y el café y el vino fluían libremente. En definitiva, la comida ofrecida a estos viajeros era radicalmente sobreabundante.

Esta situación contrasta fuertemente con lo que los turistas aprenden sobre la “comida antártica” de los residentes humanos del continente, especialmente de los exploradores e investigadores de principios a mediados del siglo XX. Considere Port Lockroy: mitad tienda de regalos, mitad museo dedicado principalmente a la comida. Utilizado a principios del siglo XX como puerto y estación ballenera (1911-1931), los edificios de la “Base A” se construyeron como la primera estación antártica permanente de Gran Bretaña en 1944 y estuvieron ocupados hasta 1962. Debajo de los pilares de cemento, con la bandera británica ondeando cerca, los pingüinos anidan, contoneándose mientras las personas estudiosas evitan tocarlos o acercarse a ellos, según las normas de turismo. La “Oficina de correos de Pingüino” envía miles de postales al año, todas selladas a mano, que tardan al menos un mes en llegar después de ser enrutadas a través de las Islas Malvinas hasta Londres, y de allí a su destino final. La tienda de regalos de Port Lockroy ofrece imanes con citas de Ernest Shackleton (de todos los exploradores antárticos, Shackleton es el más conocido), bufandas de cuadros escoceses de la Antártica, y pingüinos de peluche.

El museo adyacente es la estación científica histórica, en gran medida parece como si los hombres estacionados allí acaban de marcharse. El cuarto de herramientas está completamente abastecido, las latas de comida se están oxidando en la despensa, las pinturas de chicas bonitas se están descascarando en las paredes del dormitorio. Fue restaurado en 1996 y ahora está administrado por el Fondo del Patrimonio Antártico del Reino Unido (UKAHT), que ubica allí a



Universidad
de Cartagena
Fundada en 1827

Facultad de Ciencias
Sociales y Educación



Society for Latin American and
Caribbean Anthropology
A section of the American Anthropology Association

<http://slaca.americananthro.org>

cuatro voluntarios cada temporada turística (el verano austral, de noviembre a marzo). Port Lockroy afirma ser la atracción turística más visitada de la Antártida.

La comida y la bebida ocupan un lugar destacado aquí. En la tienda de regalos de Port Lockroy, el libro guía oficial se abre en la primera página con una foto en color de doble página de la despensa museificada con latas oxidadas de café, guisantes, avena y Horlicks (un bebida caliente de Gran Bretaña hecha de trigo y cebada malteado). La comida consumida en la Antártica por estos residentes británicos y otros exploradores se presenta como escasa, y en latas poco apetecibles, o cazada.

Los animales que viven en la Antártida no son, culinariamente hablando, *gramáticos* para los gustos occidentales – para invocar el concepto de la antropóloga Mary Douglas (1972; 2002). La tienda de regalos de Port Lockroy ofrece un libro de cocina que nos da una idea de estas recetas y las narrativas que las rodean. *Fit for a "FID"*, del chef Gerald Cutland (2011), se publicó en 1957. (Un FID es un acrónimo de *Falkland Islands Dependencies Survey*, o "Encuesta de Dependencias de las Islas Malvinas", más tarde rebautizado como *British Antarctica Survey*, o "Encuesta Antártica Británica". "FID" se refiere a los hombres que formaron parte de ella). Cutland ofrece un libro práctico y sarcástico para cocinar con guisantes enlatados y huevos de pingüino. Hay ironía en que los turistas de hoy comprenden tales libros de cocina (incluyéndome, porque ¿cómo podría resistir?). El prólogo, escrito para la reimpresión de 2011, dice que las recetas "ya no son reproducibles" (Baker 2011, ii). Obviamente, el objetivo de este libro no es enseñar a cocinar, sino para maravillarse ante la privación y la creatividad de estos hombres.

Cutland presenta una extraña mezcla de imperio y aislamiento. Las recetas suelen incluir coco deshidratado, así como cebollas y zanahorias deshidratadas, guisantes enlatados, arenque, salmón y otras cosas enlatadas. Al mismo tiempo, grandes secciones del libro están dedicadas a hacer apetecibles los mamíferos y las aves antárticas. Mientras que los cerebros de cormoranes y focas son elogiados como "delicias antárticas", otras carnes, como la carne de foca y del pingüino, se destacan por su olor desagradable. Cutland ofrece varios trucos para eliminar el olor de estas carnes, que incluyen quitando la grasa, blanqueando, colgando la carne durante varios días, y aderezando con sebo de res. Encuentra la carne de pingüino particularmente repulsiva, antes de ofrecer algunas recetas, ofrece un último recurso si nada de esto funciona: "¡tíralo por la ventana más cercana!" (2011, 48).

Cutland explica su reticencia a comer pingüinos de esta manera: "Tengo la sensación horrible de que estoy cocinando hombrecitos que son demasiado curiosos y estúpidos" (Cutland 2011, 47). De hecho, la portada de su libro presenta a un chef pingüino antropomorfizado, que lleva un plato con un pescado estilizado (con una línea que representa vapor u olor). Incluso el autor que



Universidad
de Cartagena
Fundada en 1827

Facultad de Ciencias
Sociales y Educación



Society for Latin American and
Caribbean Anthropology
A section of the American Anthropology Association

<http://slaca.americananthro.org>

nos dice cómo cocinar pingüinos, los ve como algo más cercano a los seres humanos que a otros animales. Los sentimientos ambiguos de Cutland sobre los pingüinos son compartidos por otros viajeros que conocí en la Antártida. Aunque nunca hubo ninguna sugerencia de que comieran uno, la idea de que los pingüinos podrían ser presa de otros animales invocó un horror ligeramente caníbal.

Estas inquietantes conexiones, forjadas entre animales de presa y comensales turísticos cosmopolitas, reflejan cómo los turistas hablan o no hablan del cambio climático global y sus relaciones con la Antártica. En general, estos turistas están de acuerdo en que el cambio climático es real y causado por los seres humanos. Durante las entrevistas, les hice a los turistas una pregunta neutral: "¿Cómo les parecen los debates actuales sobre el cambio climático?" Casi todos respondieron con gran preocupación por la situación ambiental actual. Muchos culparon al gobierno estadounidense por no hacer lo suficiente para combatir esta crisis (la mayoría vienen de los Estados Unidos). Muchos plantearon que en casa reciclaban o conducían coches eléctricos.

Sin embargo, solo una turista se mostró espontáneamente preocupada por los impactos ambientales del mismo viaje en el que estábamos, y ninguna comentó sobre los impactos de su estilo de vida súper-viajero. Ninguna preguntó sobre los programas de reciclaje del barco, y solo unos pocos expresaron curiosidad sobre los estándares de combustible del barco o los problemas de aguas residuales. Algunas incluso iniciaron sus comentarios diciendo que no querían ser "demasiado políticos, pero..." El cambio climático era un problema para el mundo profano de lo cotidiano, no para el espacio sagrado de las vacaciones (Graburn 2012).

Este tipo de desconexión ha sido observado por otros investigadores. En su etnografía de un pueblo de Noruega, la socióloga Kari Marie Norgaard (2011) analiza la "doble realidad" de vivir en un contexto donde el cambio climático global es inmediatamente evidente en el tejido de la vida cotidiana, pero sin embargo, las personas viven como siempre. Aunque estos noruegos sabían que el calentamiento global estaba haciendo peligrosa la pesca local y acortando la temporada de esquí, no se discutía ni era objeto de acciones políticas locales. Norgaard argumenta que hubo una "construcción social de negación": no es un proceso individual de *afirmar* que el cambio climático no es real, sino un proyecto social de *actuar* como si no lo fuera. Los partidos políticos excluyeron el tema del cambio climático de sus agendas por no ser un tema "local"; se esperaba que los maestros matizaran los debates para que los estudiantes no sintieran que la situación no tenía remedio; amigos evitaron no arruinar las fiestas hablando de esta tema tan deprimente.



Esta desconexión de la “doble realidad” es precisamente lo que observé en los barcos de expedición a la Antártica. A pesar de sus graves preocupaciones sobre el cambio climático global, solo unos pocos turistas me expresaron sus preocupaciones sobre cómo sus propios viajes, a la Antártica y a otros lugares, podrían estar contribuyendo a este problema. Y el tema en sí se consideró demasiado controvertido como para ser apropiado para discutirlo con sus compañeros de viaje.

Por lo tanto, la relación entre los pingüinos y las personas es tanto una de conexión como una de desconexión, en la que la alegría del parentesco imaginado se ve atenuada por el entendimiento en gran medida tácito de que un grupo de "hombrecitos" (los seres humanos) lo cual está destruyendo el hábitat del otro (pingüinos).

Referencias

- Baker, Gerard. 2011. “Polar Food Introduction.” In *Fit for a “FID”: Or How to Keep a Fat Explorer in Prime Condition* by Gerald Cutland. UKAHT [British Antarctic Survey].
- Bruner, Edward. 2004. *Culture on Tour: Ethnographies of Travel*. Chicago: University of Chicago Press.
- Cutland, Gerald T. 2011 [1957]. *Fit for a “FID”: Or How to Keep a Fat Explorer in Prime Condition*. UKAHT [British Antarctic Survey].
- Douglas, Mary. 1972. “Deciphering a Meal.” *Daedalus* 101(1):61–81.
<https://www.jstor.org/stable/20024058>
- . 2002. *Purity and Danger: An Analysis of Concepts of Pollution and Taboo*. London; New York: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203361832>
- Graburn, Nelson. 2012. “Tourism: The Sacred Journey.” En *Hosts and Guests: The Anthropology of Tourism*, editado por Valene L. Smith, 2nda edición. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Norgaard, Kari Marie. 2011. *Living in Denial: Climate Change, Emotions, and Everyday Life*. Cambridge: MIT Press. <http://www.jstor.org/stable/j.ctt5hhfvf>
- Secretaría del Tratado Antártico Homepage. Accedido el 1 de marzo de 2023.
<https://www.ats.aq>.
- UK Antarctic Heritage Trust (UKAHT). Accedido el 1 de marzo de 2023. <http://www.ukaht.org/>.